

pues, de una oligarquía abierta. Pero al lado de estas innovaciones Solón supo mantener el prestigio de una institución por excelencia conservadora: el *Areópago*. Era éste un consejo formado por los más altos funcionarios del Estado, cuando dejaban sus empleos; se reunía en el Campo de Arés (Marte dicen los latinos), y á sus fallos, según la tradición, hasta los dioses se habían sometido; el *Areópago* velaba por la pureza de las costumbres, castigaba á los que ultrajaban las cosas santas y podía poner su *veto* á las decisiones de los funcionarios públicos. Solón dictó otra serie de disposiciones para corroborar su obra y creyó dejar feliz á Athenas.

Pero su Constitución no tuvo tiempo de consolidarse; los elementos populares que entraban con ímpetu en la vida pública, rompieron los valladares legales y empezaron por darse un jefe, un corruptor insigne, Pisístrato, admirable comediante que hizo creer al pueblo que estaba á punto de perecer por amor á las musas, y se hizo decretar una guardia, que creció rápidamente y le ayudó á señorearse del mando. Así fundó su tiranía; estaba vigente la Constitución de Solón, pero relegada; la ley suprema era la voluntad del tirano. Todo lo tuvieron los atenienses bajo Pisístrato: paz, prosperidad, mejoras materiales; todo menos lo que da á todo eso un precio para el alma: la libertad. Cuando Pisístrato murió, sus hijos le heredaron; uno de ellos pereció en una conspiración. Los *almeonidos* que habían reconstruido el templo de Delfos, lograron que la *Pitia* decidiese á los espartanos á ayudarlos á arrojar de Athenas á Hyppias, el hijo de Pisístrato, que huyó á Persia (510). El partido oligárquico, apoyado por Esparta, había triunfado y quiso reformar la Constitución solónica en sentido aristocrático; un almeonido que tenía sangre de tiranos en las venas, Klisthenes, se opuso, y á fuerza de tenacidad y de audacia venció á los oligarcas, logró conjurar las tentativas de Esparta que había llegado á aliarse con el hijo de Pisístrato después de haberlo combatido, y desarrolló el principio de igualdad contenido en la Constitución de Solón, fundando una *democracia*. Las antiguas cuatro tribus iónicas habían mantenido, á pesar de Solón, su estructura interior religiosa y nobiliaria; en las tribus ó *file* no había la igualdad que debía existir en la ciudad; Klisthenes las rompió, las distribuyó arbitrariamente en diez tribus que comprendieron toda la población del Atika, extranjera ó no, y cada tribu fué dividida en diez distritos ó *demos*; las asambleas de las tribus se verificaban en la ciudad, de ellas tomaba origen el Senado (*Bulé*). Los sacerdocios aristocráticos y las distinciones en el interior de las tribus cesaron; las elecciones se hicieron por suerte, para que la divinidad decidiera. Se dice que Klisthenes, para impedir que el influjo de un ciudadano pudiera estorbar el gobierno del pueblo, aun cuando de-

biera este influjo á la virtud, autorizó á los demos para expulsarlo temporalmente; como este voto se inscribía en conchas de ostras, la institución se llamó *ostracismo*. Se agrega que el primer ciudadano á quien el ostracismo se aplicó fué Klisthenes.

BIBLIOGRAFIA.—Para los profesores: Iliada y Odisea. Herodoto. Plutarco. Historias de los Griegos, de Grote, Curtius y Duruy (en fr. y esp. la última). La de Grecia en la colección de Oncken en esp.; *F. de Coulanges: la Ciudad antigua*. Los alumnos deben consultar el atlas histórico de Antoine y Schrader ó el de Kiepert y *l'Histoire narrative de la Grece*, de Seignobos.

LAS GUERRAS HELENO-PERSICAS.

(SIGLO V ANTES DE LA E. V.)

1.—Ionios y bárbaros.—2.—Principio de la Guerra; Marathón.—3.—Segundo período: los espartanos y las Termópilas; los atenienses y Salamis; Plateas y Mikalé.—4.—La confederación iónica y la Hegemonía marítima de Athenas; Kymón y el fin de la guerra.

1. *Ionios y bárbaros*.—El famoso rey de los lidios Kroisos ó Cresos, capturado por Kyros en 554, había intentado no sólo dominar á los ionios de Asia y de las Islas, sino atraérselos por medio de una política eminentemente helénica, cuya muestra fué la veneración hacia el oráculo de Delfos. Los persas lograron, no sin sangrientas luchas, someter á las ciudades ionias y favorecieron en ellas el afianzamiento de las tiranías; grandes porciones de la familia ionia se expatriaron en masa, como los Fokenses que fueron á establecerse en las costas italianas. Hubo, sin embargo, poblaciones insulares bastante poderosas para mantenerse independientes, como Samos, que bajo el gobierno de Polykrates, cuya felicidad envidiaban los dioses, llegó á señorearse del mar Egeo en el siglo VI, antes de la E. V.

Darios no era un conquistador, sino un administrador, un usurero decían los persas; pero, por un lado, la tendencia á dominar el Mediterráneo, propia de todos los imperios que se establecen en el Asia anterior, la de impedir la renovación del peligro de una invasión scítica como la de los Kimmerios, y por otro la ambición de su esposa, la hija de Kyros, que tenía noticia de la debilidad de los helenos, impulsaron al *gran rey* (nombre que se daban los emperadores persas) á emprender una serie de expediciones en Europa. Cuando casi vencido por los escitas, regresó Darios al Asia, hizo perseguir al ateniense Milciades, tirano del Quersoneso de Tracia (Galípoli), que pretendió cortarle el paso, y acto continuo envió una expedición exploradora por las

costas de Tracia. La insurrección de Miletos y otras ciudades ionias, á consecuencia de un conflicto entre el tirano Aristágoras y uno de los sátrapas, ocupó por entonces todos los recursos del gran rey. A ruegos de Aristágoras, que se dirigió en vano á Esparta, los atenienses tomaron parte en los comienzos de la lucha que se señaló por el incendio de Sardes, antigua capital del reino de Lidia, y entonces capital occidental del imperio persa. Luego se retiraron, pero Darios no les perdonó el ultraje. Al cabo, vencidos por mar los ionios y tomada y casi destruída Miletos, la insurrección ionia, que había durado poco, quedó sofocada; los griegos de Asia reducidos á la impotencia (490) y Darios expedito para enviar sus escuadras á castigar á los atenienses. Hyppias, el hijo de Pisístrato, se lo aconsejaba, y uno de sus domésticos tenía encargo de decirle á cada instante: «Señor, acordaos de los atenienses.»

2. *Principio de la guerra: Marathón.*—El incendio de Miletos iluminó con sangriento resplandor el porvenir del mundo helénico; Grecia se encontró repentinamente en contacto con el inmenso imperio persa, que tenía sobrados elementos para convertir á la península entera en una satrapía y que dominaba ya el comercio del Mediterráneo oriental. Si salvación podía haber para los helenos de lo que parecía el destino manifiesto, estaba en la unión; los espartanos prometieron ayudar á Athenas directamente amenazada; sólo los platenses de Beocia llegaron á tiempo. La escuadra persa, mandada por el meda Datis, y trayendo á bordo á Hyppias que prometía sublevar una parte de la población del Atika, vino por las Islas, y después de castigar á una población de Eubea, que también había auxiliado á los ionios, arribó á las playas de Marathón, en donde efectuó su desembarque. Los atenienses mandados ese día por aquel tirano del Quersoneso, á quien Darios odiaba, Milciades, rompieron con sus alas los extremos del frente de batalla persa, y reuniéndose á su retaguardia, los encerraron en un círculo de hierro y de bravura y los destrozaron; aun lograron, atacándolos heroicamente, apoderarse de algunos barcos. La flota persa que esperó en vano la sublevación de los partidarios de Hyppias, se retiró al Asia menor. El mundo helénico se conmovió profundamente al anuncio de la victoria; los dioses combatían por los hombres libres; Athenas tuvo fe en sí misma, y el campo de batalla de Marathón se transformó en un santuario nacional (490 antes de la E. V.)

3. *Los espartanos y las Termópilas; los atenienses y Salamis; Platea y Mikalé.*—La lucha empezaba apenas; bien lo sabían los atenienses. Era preciso prepararse mejor, porque el choque iba á ser terrible; era preciso realizar la unión helénica. El triunfador de Marathón, después de una expedición desgraciada en el mar Egeo, fué juzgado y condenado por aquel pueblo que lo

había aclamado en el triunfo, pero que no sabía perdonar; Milciades murió en la desgracia. Arístides, amigo del gran reformador Klistenes, que se distinguía por su amor á la justicia y la alteza de sus sentimientos morales, y Temístokles, apasionado y violento, pero lleno de perspicacia, y tan rápido y seguro en sus juicios como audaz en la ejecución de sus designios, eran los hombres prominentes de aquel período de crisis suprema para Athenas; Arístides, víctima del ostracismo, dejó el puesto á Temístokles. Este, ayudado por la pytia de Delfos, persuadió á los atenienses á que abandonaran á Athenas; el Areópago y las familias se trasladaron á Salamis (Salamina), y los hombres válidos se embarcaron en la flota que, en compañía de los otros contingentes del Peloponeso, se dirigió al canal de Eubea, en espera de la flota de Jerjes.

El sucesor de Darios, no sin vacilar mucho, había decidido, para vengar el ultraje de Marathón, apoderarse de la Grecia entera. Todas las satrapías de su imperio enviaron su contingente de guerra al ejército que se reunía en Sardes ó á la flota que se organizaba en las ciudades iónicas. Todas las lenguas se hablaban en el ejército de Jerjes; en él se usaba toda clase de armas, desde el arco y la pica hasta el lazo; se vestían todos los trajes del mundo, desde la piel sobre el cuerpo desnudo, hasta las ricas túnicas y las diademas de la guardia meda del gran rey. Cuando en 480, antes de la E. V., se puso en movimiento aquel ejército, parecía un mundo en marcha. Un doble puente sobre barcos, construído por los egipcios y los fenicios, permitía pasar el Helesponto, sobre una espléndida calzada, al ejército y á su gigantesco tren de guerra. Jerjes, vengador de Hektor, sacrificado por el heleno Aquiles, se creía el representante de Asia en lucha con Europa; lo era más de lo que él mismo creía. Después de ver á su numerosa escuadra, en que no escaseaban los buques ionios, pasar el canal del Athos, abierto expresamente para ella, tomó el camino de Makedonia y Tesalia. Poco tiempo después se presentaba en la puerta del angosto desfiladero de las Termópilas, pasadizo situado entre las pendientes del Æta y el Golfo Maliako, célebre por sus fuentes termales. El rey Leonidas, con un grupo de espartanos y otros pequeños contingentes griegos, esperaba ahí al inmenso río asiático. Los espartanos vieron con profunda serenidad aquellas multitudes abigarradas; continuaron haciendo sus ejercicios gimnásticos, coronando sus largas cabelleras y blandiendo sus picas al compás de la flauta en la danza pírrica. Los medas atacaron, pero como su frente de columna era estrechísimo, iban muriendo; un traidor permitió á Jerjes flanquear la montaña; todo estaba perdido para los helenos. Leonidas los condujo en marcha rítmica al centro del enemigo, y cuando ya sus armas estaban rotas, se retiraron á una colina en donde morían abrazados: Jerjes hizo

decapitar y crucificar á Leonidas. Su cruz descuella en la historia humana, que al llegar al episodio de las Termópilas se arrodilla como los fieles ante una reliquia santa.

Jerjes ocupó á Athenas desierta, y su flota, que había sufrido serios contratiempos, penetró en el golfo Sarónico. Temístokles fué el alma de Grecia en aquel instante: á fuerza de tenacidad logró decidir á los peloponesios al combate, y á fuerza de astucia hizo que los persas los obligaran á combatir en Salamina. La flota pesadísima del gran rey, aglomerada ante las ligeras naves atenienses, fué desbaratada completamente; Jerjes huyó de Athenas á Sardes sin detenerse, y los restos de su flota volvieron á Asia (480 antes de la E. V.) Mas no había concluído la invasión sino la primera campaña. Mardonios había permanecido en Tesalia con lo mejor del ejército persa. Al año siguiente se reapoderó de Athenas y luego se replegó á Beocia ante el ejército heleno que avanzaba. El encuentro tuvo lugar en Plateas y fué todo el honor del triunfo para los espartanos y su jefe Pausanias; la invasión estaba vencida en Europa. El mismo día de Plateas, los atenienses, que habían perseguido á la flota de Jerjes y habían obligado á los persas á sacar sus galeras á tierra en un campamento fortificado (Mykale), obtuvieron una señalada victoria; se adueñaron de las naves y llamaron á los ionios á la libertad (479). Los helenos debieron estas maravillosas victorias á su inmensa superioridad militar sobre los asiáticos; esta superioridad no sólo era física, sino moral; eran soldados y ciudadanos identificados con su hogar y con su patria. Los helenos salvaron en las guerras médicas á la civilización humana salvándose. Los persas, aunque tenían una civilización considerable, habrían desconocido y ahogado quizás la de los griegos, que por suprema condición de desarrollo, tenía la libertad.

4. *La confederación iónica y la hegemonía marítima de Athenas.*— Los antiguos lazos históricos entre Athenas y los ionios se renovaron en la victoria, y aunque Esparta tomó la dirección de la guerra marítima y puso al frente de la flota á Pausanias, el vencedor de Plateas, cuando éste forjó por su cuenta y riesgo una especie de alianza con el gran rey y, acusado de traición, tuvo que marchar á Esparta; la liga de Athenas y las ciudades iónicas se organizó inmediatamente bajo la dirección suprema de Aristides. Esta liga era una federación en que acabaron por entrar, con los helenos de Asia y de Tracia, las islas del mar Egeo; la ciudad santa de los ionios, Delos, fué el centro de la confederación, y en ella se depositó el tesoro. Aquello era una verdadera anficiónía bajo los auspicios de Apolón, como la de Delfos.

Athenas merecía el honor de ejercer la *hegemonía* marítima, por su com-

portamiento en la defensa nacional y por su aptitud especial para ello; gracias á la astucia de Temístokles, á pesar de la oposición abierta de los espartanos, la ciudad se había rodeado de fuertes muros y había convertido á la península del Peireos (Pireo) en una fortaleza también; de ahí partían y ahí quedaban perfectamente seguras las escuadras atenienses. Fué este el último servicio de Temístokles; acusado de complicidad con Pausanias, recorrió fugitivo la Grecia y se refugió entre los persas: es de desearse para la fama de hombre tan notable que sea cierta la tradición que refiere que se dió la muerte antes de cumplir las promesas parricidas hechas al gran rey.— Pausanias había muerto emparedado en un templo en que se había refugiado en Esparta; su propia madre ayudó á cerrar aquella tumba terrible del traidor.— Aristides moría pobre después de una vida de justicia, de patriotismo, de inmaculada probidad; Athenas costeó sus funerales. Entonces entra al primer término de aquella época grandiosa Kymón, el hijo de Milciades, devoto de las instituciones espartanas, como jefe que era del grupo decadente de los eupatridas; pero popular en alto grado por su generosidad, su prodigalidad y su amor al arte. Kymón llevó por donde quiera la victoria; la Ionia asiática quedó libre de amagos persas; y después de la gloriosa batalla del Eurymedón, no quedaba al gran rey otro recurso que la paz; se dice que ésta fué celebrada en 449 y que por ella los persas se obligaron á no penetrar nunca en el mar que se extiende del Bósforo á Rodas.

Antes de esto, Kymón había obligado por la fuerza á algunas de las islas confederadas que quisieron emanciparse, á seguir en la liga como tributarias. Y sin embargo, el grande hombre fué víctima del ostracismo; su adhesión á Esparta, el auxilio que hizo que Athenas enviase á la ciudad rival para ayudarla contra los mesenios rebeldes y que fué desairado, cambiaron el ánimo del pueblo. Pero cuando los espartanos y los beocios lucharon contra Athenas, Kymón volvió y combatió como un soldado. Murió á poco en Kipre (449). Las guerras heleno-pérsicas habían terminado.

BIBLIOGRAFIA.—Herodoto. Plutarco, y obras de modernos citadas; *los Griegos* (col. Oncken).